

«LA GENTE DE LOS SECTORES POPULARES SÓLO TE ENTREGA SU CONFIANZA CUANDO TE VE PARTIÉNDOTE EL LOMO CON ELLOS»

El Jesús Obrero de Petare no esperó la autorización del Ministerio de Educación Superior para comenzar a trillar la senda de la formación ciudadana. Enclavado en uno de los cientos de barrios del populoso municipio caraqueño, este instituto universitario ha sabido incorporar a las comunidades populares en actividades deportivas y culturales, que tienen por objetivo arrebatarle nuevos y mayores espacios a la violencia y a los violentos. A juicio de su director, Jim Ferrer, los problemas que acechan a los jóvenes más humildes no podrán ser solventados acudiendo únicamente a la formación educativa.

EL 12 DE AGOSTO pasado el presidente Chávez se trasladó junto con sus ministros al barrio Mesuca de Petare para inaugurar la sede de la nueva extensión del Instituto Universitario Jesús Obrero, centro de educación superior que forma en la actualidad a casi once mil estudiantes en informática, contaduría, electrónica y educación especial.

Con este acto oficial, transmitido en cadena nacional, culminó un proceso colectivo que se inició hace seis años gracias al empeño de un profesor luchador y los vecinos del sector. Un proyecto que se inició con una cancha de básquet y con la formación de ciudadanía gracias a la disciplina deportiva y la creatividad artística. Jim Ferrer, director del Instituto Universitario Jesús Obrero de Petare, reflexiona sobre las complejidades y desafíos de la educación popular en un diálogo a cuatro voces con Ramón Piñango, Virgilio Armas Acosta y Rafael Jiménez Moreno, de *Debates IESA*.

Debates IESA: El Instituto Universitario Jesús Obrero de Petare es mucho más viejo de lo que señala su partida de nacimiento. ¿Cuál es su verdadera edad?

Jim Ferrer: Si la antigüedad de un instituto universitario se mide por la culminación de su planta física, el Jesús Obrero de Petare tiene tres años de existencia; pero si se determina por la

¿Por qué te metiste en este «lío» de la educación popular?

Cuando pisé por primera vez los terrenos de Mesuca recuerdo que aquello no me gustó mucho. Sin embargo, rápidamente cobré conciencia de la importancia que podía llegar a tener un descampado en la vida de una comunidad acosada por el hacinamiento. En Petare a diario observamos fenómenos sociales propios de las favelas brasile-

tro y líder comunitario, con sólidos conocimientos en dinámicas de grupo. Ya habíamos trabajado juntos en un barrio de La Vega. En aquellos tiempos cursaba una Maestría en Gerencia Educacional en el Pedagógico de Caracas, y una de mis tesis principales era reclutar a los jóvenes más violentos de un sector, según testimonios de los vecinos, para hacerlos cambiar mediante la formación en valores.

Desde un principio Wilfredo y yo tratamos de facilitarles a los muchachos herramientas administrativas, actividades divertidas que promoviesen el asociativismo, talleres de trabajo en equipo, autoestima e iniciativa personal. Procuramos, igualmente, que la transmisión de los contenidos no se diese mediante clases magistrales, pesadas y poco dinámicas, sino con sesiones interactivas.

¿Hicieron eso en Petare?

En un sector popular, a cualquier hora que se pase, seguro te vas a conseguir con un grupo de muchachos improvisando en plena calle una caimanera de béisbol, básquet o futbolito. Pensé que la única manera de ganarme a esos jóvenes como voluntarios era haciendo una cancha que sintieran suya. El deporte fue la gran excusa. Por supuesto que no faltaron los pesimistas que me advirtieron del tamaño de mi error; me calificaron de ingenuo y me dijeron que yo no tenía ni idea de los personajes de los que me estaba rodeando. Sin embargo, siempre he pensado que la gente puede cambiar; sólo se precisa hacerles caer en cuenta de sus habilidades y capacidades más internas, aquellas cuyas existencia a veces se desconoce. Y una de ellas, en mi opinión, es la posibilidad de crear. Para mí ese es un granito de arena fundamental.

La propuesta de la cancha tuvo receptividad. Los muchachos bajaron pintura y dieron vida a esos espacios. Unos rines de bicicleta fueron los primeros aros de baloncesto que tuvimos. Wilfredo y yo arrancamos con nuestros planes. Le dijimos a aquellos chamos que para participar



fecha en que fue autorizado para iniciar operaciones, entonces tiene poco más de tres meses.

Siempre he pensado que un instituto de educación superior no debe limitarse a entregar títulos universitarios. Su obligación es mucho más ambiciosa, como el conocimiento profundo de la idiosincrasia de sus estudiantes, la interrelación activa y comprometida con el entorno, y el desarrollo de alianzas que faciliten la vida popular. Desde esta perspectiva, el Jesús Obrero de Petare suma ya seis años de existencia. Su sede funciona en el sector de Mesuca, en el epicentro de Petare, y fue construida en un terreno de 13.800 metros cuadrados donado por Empresas Polar, con la única condición de que albergase un proyecto educativo.

ñas. Se vive en un permanente amuñamiento, una congestión de personas que se aprecia claramente en el río humano que intenta desplazarse por escaleras estrechas, por calles pequeñas; en el gentío que hace colas, tempranito, en la mañana, para ir al trabajo apretujado en una camioneta.

Todo este razonamiento me llevó a convencerme de la necesidad de conquistar ese espacio para los vecinos. Sabía que se trataba de una meta ambiciosa y compleja, entre otras cosas porque para ese momento no abundaban ni los voluntarios ni los compañeros de faena. De hecho, cuando llegué al terreno de Mesuca únicamente encontré a dos obreros y un perro.

Lo primero que hice fue traerme a mi amigo Wilfredo Rodríguez, maes-



activamente en los campeonatos deportivos había que trabajar primero en las labores de mantenimiento, y luego participar obligatoriamente en unos talleres de desarrollo personal y proyecto de vida. En esa iniciativa había una apuesta por la seriedad y la formalidad. En la cancha no se jugaba por jugar. Organizábamos sesiones de entretenimiento con horarios fijos, de cara a un campeonato interno, con uniformes y árbitros federados.

Fue en una final de baloncesto cuando vivimos una de las situaciones más tensas. Participaban dos equipos representativos de dos sectores enemigos. Como sabemos, el deporte de competencia implica muchas veces roce físico, y en una incidencia del partido se caldearon los ánimos. En ese momento tomamos la decisión de parar el partido, sacar al público y empezar a negociar. Terminamos todos en las gradas, sentados allí como por treinta minutos. Cada cual expuso su visión de los errores cometidos y de la posibilidad de retomar la actividad para darle un cierre positivo. Zanjadas las diferencias, terminamos visitando los barrios de esos dos grupos rivales para repartir juguetes donados por unas empresas patrocinantes. El aprendizaje dejado por este episodio se resume en la siguiente reflexión: en los ámbitos populares la apuesta por la dignidad humana siempre debe ser grande.

Pero no sólo nos apalancamos en el deporte. También logramos la participación de madres y abuelas en festivales culturales de nombres rimbombantes, donde se presentaban manifestaciones artísticas. De este modo nos ganamos la confianza de la

gente, cosa muy importante, porque el respeto es el pasaporte que te permite hacer vida en la comunidad y encarar con optimismo nuevos proyectos.

Y mientras ustedes seguían con este trabajo con las comunidades, la autorización del Ministerio de Educación no terminaba de llegar...

Exactamente. Nuestro instituto sólo existía como promotor de actividades culturales y deportivas. Habíamos replicado el catastro de los barrios petareños cercanos a Mesuca y analizado la idiosincrasia de cada sector. También habíamos fundado una Liga Polideportiva y, lo más importante, habíamos construido, a pulso, una zona de neutralidad, un lugar donde pudiesen coincidir y compartir todos los vecinos. Pero, desde el punto de vista académico, el Instituto todavía no tiene alumnos.

¿En qué etapa se encuentra el instituto?

El Ministerio de Educación nos otorgó el permiso de funcionamiento el 12 de agosto de 2008. Se nos autorizó para entregar títulos en carreras como educación especial, electrónica, electrotecnia y mecánica industrial. Fue apenas el pasado 20 de octubre cuando concluimos el proceso de preinscripciones. En un primer momento, nuestra meta es contar con dos secciones de treinta y dos alumnos por cada carrera.

A tu juicio, ¿cuál debería ser el norte de la educación popular?

La educación popular tiene que ser una educación en valores, tal como lo propone el proyecto de Fe y Alegría. Otro objetivo es vincular la educación popular con el trabajo. En el caso del Jesús Obrero de Petare, nuestro modelo debe ir más allá de ser un instituto superior especializado en entregar títulos universitarios. Tenemos que hacer énfasis en la capacitación para oficios prácticos. La cuestión de fondo no es otra cosa que el empleo. A los muchachos ociosos de nuestros barrios no les vamos a solucionar la vida dándoles solamente una formación educativa. El proceso de transformación sólo arrancará verdaderamente cuando logremos insertarlos en el mercado de trabajo. Cuando los muchachos empiecen a ganar sus salarios, entonces se percatarán de que no necesitarán robar para tener una calidad de vida aceptable. Además, con una entrada estable de dinero podrán ahorrar e invertir, cosas que en la actualidad les están vedadas.

Por otra parte, la educación popular tiene que centrarse más en el individuo y su potencial, sin dejar de lado la adecuación al entorno social y la capacitación técnica, mediante contenidos curriculares que partan de lo global pero que no evadan la influencia de lo local. Esta clase de instrucción les permitirá a nuestros jóvenes reducir su dependencia de factores externos. Un proceso de liberación que, considero, se traducirá en una sociedad con una mayor capacidad de acción.

Puestos a soñar, desearía una escuela donde los niños pudiesen aprender a vivir en comunidad, donde fuese

comprendido el contexto socioeconómico que signa el rendimiento escolar de los pequeños, donde no existiesen los hacinamientos ni profesores irresponsables que sólo sueñan con pegarse un kino para abandonar todo aquello. Una escuela que cuente con salones espaciosos, pupitres cómodos, baños limpios, laboratorios de informática convenientemente actualizados y conexión a internet.

En mi opinión, las escuelas no son meros espacios para dar clases; sus puertas deben estar abiertas sábados

«Es necesario arrebatarles los espacios a la violencia y a los violentos»

y domingos para las actividades ciudadanas, culturales y deportivas que organice la comunidad. El enemigo es el conformismo. Como educador, jamás me quedaría en un colegio resignado a siempre dar lo necesario, viendo todos los días la misma pared escarapelada sin animarme siquiera a traer un poquito de cemento y tratar de repararla. Afortunadamente, los sectores populares no son cárceles, aunque muchos de sus habitantes vivan resguardados tras las rejas y sufran una suerte de toque de queda. En los barrios siempre existirá la posibilidad de hacer grandes cosas. Si se transita la vía del pesimismo extremo se termina inevitablemente en los grupos de exterminio. Pero no creo en eso, porque estoy convencido de que en los sectores populares habitan personas con virtudes.

Desde tu perspectiva, ¿cuáles son esas virtudes?

Ingenio, creatividad, capacidad de trabajo y una marcada disposición a contribuir activamente con todas aquellas personas que quieran hacer cosas a favor de la comunidad.

¿Y qué aspectos psicológicos de los sectores populares consideras poco convenientes?

El miedo a ser utilizados ha hecho de los pobres seres muy descreídos, muy suspicaces frente a los nuevos proyectos. Esta es una circunstancia que me ha hecho pensar que la divisa más poderosa no es ni dólar ni el euro ni el yen: es la credibilidad. La gente de los sectores populares sólo te entrega su confianza cuando te ve todos los días partiéndote el lomo con ellos.

¿Cómo se lidia con la violencia exacerbada de las zonas populares?

Una anécdota: un día llego al instituto como a las siete y media de la mañana, y me consigo con que a uno de los chamos de nuestra comunidad lo han encontrado muerto, con un tiro en la frente, encima de unos sacos de cemento. Se trataba de un muchacho que antes de que llegáramos era muy violento, pero que gracias a nuestra ayuda había mejorado su conducta hasta el punto de volver a tener sueños. Le habíamos conseguido un empleo y le estábamos convenciendo de que retomase sus estudios. Para mí representaba el símbolo viviente de alguien que empezaba a sentirse útil para su familia y para la sociedad. Pero la experiencia me ha enseñado que los sectores violentos del barrio no perdonan que un chico fuerte pase a ser un «chigüire», el término que designa a una persona que carece de estatus de fuerza y, por tanto, de poder de intimidación. La respuesta al cambio diametral de su comportamiento fue la muerte.

Con todo esto quiero destacar que tenemos plena conciencia de la existencia de la violencia y su cruda realidad. Soy de los que piensa que es iluso creer que esta dinámica se va a detener. Por el contrario, va a seguir desarrollándose. Entre otras razones, porque en nuestros barrios crece el hacinamiento. Cada vez somos más personas tratando de sobrevivir en un espacio urbano que no aumenta, que no se expande, que no termina de superar el colapso. Sin embargo, a pesar de todo, yo no dejo que el miedo me venza y procuro seguir multiplicando

los espacios comunes para el disfrute de los vecinos de Petare. Es necesario arrebatarles los espacios a la violencia y a los violentos.

¿Qué cosas te preocupan más de la actual realidad venezolana?

Me preocupan mucho las estructuras políticas y sociales que están naciendo, porque considero que generan una mayor dependencia de la población. Por ejemplo, he visto cómo dos vecinos que antes se entendían muy bien ahora están en permanente conflicto por el manejo de los recursos otorgados a los consejos comunales.

Otro asunto que me angustia es el inmediatismo de los jóvenes venezolanos, ese afán de quererlo todo para ya. Y aunque sé que la vida es ahora, como bien nos recuerda el eslogan de una tarjeta de crédito, sigo defendiendo la necesidad de trabajar en función de un proyecto de vida. Para mí es importantísimo que los venezolanos comprendan que una existencia determinada exclusivamente por el presente desemboca en una suerte de imperio de los sentidos, de puro primitivismo.

No me siento superior a los demás. Jamás me atrevería a decir que lo que estoy haciendo en Petare cambiará la realidad venezolana. Sólo procuro construir redes de motivadores, de sobrevivientes de un entorno adverso de violencia y hacinamiento. De ahí lo vital de estimular el asociativismo, porque puede ser este factor el motor ideal para la construcción de espacios de interacción entre soñadores y hacedores.

Porque finalmente, ¿cuál es el anhelo de un joven que no tiene zapatos, que no tiene camisas, que se las ve duro en la vida, que le dan tres trompadas antes de salir de su casa? Un anhelo realizable: comer bien, gozar de respeto, disfrutar de un abrazo, ser incluido en este proyecto colectivo que se llama Venezuela. Cuando esas necesidades estén cubiertas, entonces nuestros chamos podrán expandir sus sueños. 